TONI PADILLA

ATLAS DE UNA PASIÓN ESFÉRICA

Ilustraciones de
PEP BOATELLA

geoPlaneta

geoPlaneta

ATLAS DE UNA PASIÓN ESFÉRICA

Toni Padilla
Ilustraciones de
Pep Boatella

SUMARIO

África

10 Presidente Gandhi
14 Sacrificar un Mundial por tu tierra
18 El capitán odiado por todos
22 El defensa que quería ser expulsado
26 Los goleadores sin botas

América

32 El irracional amor a una camiseta
36 Ojos verdes, rizos africanos
40 Mexicanos con chapela
44 El secuestro de Alfredo di Stéfano
48 La corbata roja
52 Un certificado médico para ser campeonas
56 Jugar con rastas
60 El pescador que obró milagros
64 Volver

Asia

70 Los futbolistas bautizados dos veces
74 La selección que nació antes que su país
78 Los hijos de los deportados
80 En el nombre de la hermana
84 Un niño de 50 años
88 El último emperador

Europa

92 Soldados con sonrisas de niño
94 Las invencibles de Preston
98 Una pistola de madera
102 Dormir con el hijo del enemigo
106 El árbitro más valiente del mundo
110 El partido de la muerte
114 El defensa que quería volar
118 El arte de renacer
122 Esperanza bajo las bombas
126 El PAOK bien vale una misa
130 La estrella que llegó en un camión

Oceanía

134 Good morning, Vietnam
138 El orgullo de una *fa'afafine*

Antártida

142 Jugar en una prisión de hielo

El primer viaje, el primer partido, el primer amor. A mi padre.

La pelota siempre ha estado ahí

En julio de 1969, El Salvador y Honduras se enfrentaron en un conflicto bélico que no duró más de 100 horas. El periodista polaco Ryszard Kapuściński, que cubría aquel incidente, lo bautizó en un artículo como "La guerra del fútbol". Kapuściński, quien antes de viajar con una cámara y una libreta por todo el planeta había sido portero juvenil del Legia de Varsovia, usó este título porque el conflicto había estallado poco después de una eliminatoria entre las dos selecciones que acabó con incidentes. El nombre hizo fortuna, pero acabó llevando a engaño; durante muchos años, en Europa se pensó que dos países habían ido a la guerra por culpa de un partido de fútbol. En verdad, el partido había sido la mecha que prendió un polvorín geopolítico que venía de lejos, con tensiones en la frontera y movimientos migratorios.

La pelota siempre ha estado ahí. En tierra de nadie, en casa de todos. Nunca protagonista del todo, aunque siempre presente. El fútbol no ha provocado guerras ni grandes cambios políticos, aunque ha sido una herramienta en manos de dictadores, una ventana abierta para gente oprimida, un campo de batalla para combatir discriminaciones por raza, sexo o ideología. Y una forma de expresión para quienes no podían pagarse estudios, pero sí podían patear una pelota. Pese a ser un lenguaje universal que permite poner de acuerdo, o en desacuerdo, a personas con lenguas y culturas diferentes, el fútbol suele ser marginado de los trabajos históricos. Durante mis años en la facultad de Historia, descubrí tratados en que la música, el arte o, cómo no, la religión y la política, eran usados para interpretar acontecimientos históricos. Con el fútbol no sucedía lo mismo, aunque, cuando

rascabas un poco, descubrías que una pelota fue clave en las treguas de la Primera Guerra Mundial, volvió aún más loco a más de un dictador africano o provocó la muerte de muchas personas.

El fútbol se ha convertido en un símbolo de nuestros tiempos. Ningún deporte mueve tantas pasiones, tanto dinero y a tanta gente. Pocos rincones del planeta se han sustraído a la pasión por este viejo juego que fue reglamentado por los británicos, grandes responsables de su éxito. El fútbol, menospreciado por muchos intelectuales que no toleran su popularidad, y maltratado por los que sí lo valoran y lo usan en su provecho, también es una forma de viajar por los libros de historia y los mapas del mundo. Nada mejor que un atlas, pues. Y con la mejor de las compañías: las maravillosas ilustraciones de Pep Boatella, para descubrir, con una sonrisa, como la de los niños y niñas cuando marcan su primer gol, algunas de las historias que nos cuentan por qué esta es una de las grandes pasiones del planeta. Un planeta con forma de balón.

TONI PADILLA

Esperanza bajo las bombas

(Bosnia, 1993)

Predrag Pašić era bien conocido en Sarajevo. Centrocampista de talento, se había convertido en uno de los hijos ilustres de la ciudad. Había jugado el Mundial de 1982 en España, había sido campeón de la liga yugoslava con el FK Sarajevo en 1985 y, después, había militado en equipos alemanes. Cuando colgó las botas, volvió a su ciudad y abrió una galería de arte en una calle céntrica. Un día de mayo de 1993, Pašić, acompañado por dos amigos, siguió las rutas marcadas como seguras, pues la ciudad se encontraba asediada por las tropas serbobosnias lideradas por Radovan Karadžić. Los francotiradores y las bombas habían convertido el día a día de los ciudadanos en un infierno y Pašić quería poner remedio a esa frustración. Ese día, se jugó el pellejo para poder llegar a las oficinas de Radio Sarajevo, donde una voz hablaba durante las 24 horas para mantener la moral alta de la población. La gente, encerrada en sus casas, escuchó como Pašić anunciaba la fundación de una escuela de fútbol para niños en plena guerra, con la condición de que podrían jugar en ella todos los niños que quisieran, musulmanes,

católicos u ortodoxos. Todos, sin importar bandos. Así nació la escuela de fútbol Bubamara. Parecía una locura. Seguramente lo era.

Antes de la guerra, Sarajevo tenía fama de ciudad abierta y feliz. Musulmanes, cristianos ortodoxos, católicos, judíos y ateos vivían juntos en una urbe que había organizado unos Juegos Olímpicos y que se consideraba optimista por naturaleza. Pero en 1992 empezaron a caer las bombas. La violencia que había estallado en Croacia entre radicales croatas y serbios se extendía por Yugoslavia, un estado moribundo. Pašić, que había defendido el escudo yugoslavo como futbolista, veía cómo sus viejos compañeros de selección quedaban ahora al otro lado de trincheras y fronteras. Ya en los primeros meses de guerra, Pašić recibió llamadas de sus amigos alemanes: le ofrecían salir de la ciudad, escapar de la muerte. Pero decidió quedarse y crear una escuela de fútbol, a la que buscó un nombre optimista. En serbocroata, *bubamara* quiere decir «mariquita», el insecto que sale en las canciones que los niños de Sarajevo cantaban unidos.

Durante los años de la guerra, una media de treinta personas perdía la vida cada jornada en Sarajevo. La metralla marcó a fuego todos los edificios, agujereando el optimismo de una población que se atrincheró en sus casas. Pašić sabía que crear un club de fútbol en esas circunstancias era una locura; si el primer día conseguía reclutar a treinta chavales ya lo consideraría un éxito. Sus amigos, algunos de ellos antiguos jugadores de ese FK Sarajevo campeón de liga en 1985, dudaban y creían que no llegarían ni a diez. ¿Qué padres sacarían a sus hijos de casa y los harían atravesar unas calles bombardeadas para ir a jugar a fútbol? El primer día de la escuela de fútbol Bubamara, el 15 de mayo de 1993, aparecieron doscientos niños. Pašić sonrió y miró hacia los montes que rodean la ciudad, donde se encontraban los cañones serbios. Y pensó en quién los lideraba, Radovan Karadžić. El hombre que quería acabar con todo lo que él amaba.

Pašić era un soñador, pero no era un loco. Las instalaciones deportivas de la nueva escuela estaban en el centro deportivo Skenderija, al lado de la base de las tropas de las Naciones Unidas, una de las zonas más seguras de la ciudad. El problema era llegar hasta allí. Los niños venían de diferentes barrios y tenían que cruzar un puente muy peligroso que estaba a tiro de los francotiradores serbios. Cada día, niños y entrenadores cruzaban ese puente en horas estratégicas, aprovechando el paso de vehículos de las Naciones

Unidas. Por suerte, nunca pasó nada. Durante muchos meses, esos niños cruzaron la avenida Zmaja od Bosne, famosa por la cantidad de gente que perdió sus vidas en ella, y ninguno resultó herido. En el transcurrir de esos años de dolor, más de trescientos niños aprendieron a jugar a fútbol en una escuela donde la condición era hablar de deporte y considerar a cada compañero de equipo como un hermano. Sin importar si eran serbios, croatas, bosnios o un poco de todo, como tantos habitantes de Sarajevo. Cuando la escuela ya tenía unos tres meses de vida, un equipo de televisión los visitó para hacer un reportaje y le preguntaron a un niño qué recordaría con más intensidad de la guerra. Respondió que los dos goles que había metido ese fin de semana. Pašić supo que estaba consiguiendo lo que quería. Su escuela no paró durante todo el asedio. Sus amigos, esparcidos por Europa, consiguieron que llegara material deportivo de Italia o Alemania. La paz acabó volviendo. Las tropas se retiraron y Karadžić se dio a la fuga, como otros criminales de guerra.

Al final de la contienda, la escuela Bubamara era un símbolo. Sus equipos empezaron a competir en torneos internacionales y Pašić pudo ver satisfecho cómo veinte de esos niños que aprendieron las normas del juego durante la guerra, bajo las bombas, llegaron a ser profesionales. Durante los años siguientes al conflicto, la escuela no dejó de crecer. La gran estrella de la selección bosnia, Edin Džeko, jugó durante cuatro meses en la escuela Bubamara y aún les envía material, agradecido.

En el 2008, la escuela cumplió quince años. Por esas mismas fechas, Radovan Karadžić, el líder serbobosnio acusado de crímenes contra la humanidad, que llevaba años escondido con una identidad falsa, fue detenido, y Predrag Pašić recordó cuándo se habían conocido. A principios de los años 80, el FK Sarajevo había contratado los servicios de un psicólogo especializado en gestión de grupos. Un tipo positivo que reía mucho y enseñaba trucos a los jugadores para ser más solidarios. Ese doctor se llamaba Radovan Karadžić. Pašić nunca entendió cómo ese hombre simpático acabó pronunciando discursos de odio que fueron la antesala de una guerra que destrozó millares de hogares. Con sus amigos recordó que, poco después de esa breve experiencia en el club, había sido detenido por un fraude relacionado con un negocio inmobiliario. Su descenso a los infiernos había empezado justo cuando Pašić vivía sus mejores años. Aunque, entonces, nadie lo advirtió. ¶